

El repudio de las potrancas

Por Andrés Henestrosa

Cuando la potrancia menstrúa que es a eso de los tres años y es señal de que es llegado el tiempo de que puede concebir, el caballo padre, o padrote, la aparta del hato, porque nunca el primer hijo lo es del caballo padre. Lo que hace un caballo con sus hijas lo hace con las suyas el padre, el padrillo de otros hatajos, con lo que hay un intercambio de potrancas entre los hatos. Nunca el caballo engendra en la hija el primer hijo: sólo una vez no comete incesto. La hija, que no entiende el repudio, queda atónita, dolida de tamaño rechazo, tras de inexplicable, cruel. El potro tampoco carga a la madre la primera vez que es padre. El instinto lo veda. Su especie desaparecería sin esta ley. No engendrar en la madre y en la hermana, que es ahora moral, en los orígenes fue instinto puro. La ley castiga esta transgresión: se castra, se mutila al incestuoso. La simiente de la vida no se desperdicia; se tiene para

darla, prolongarla y asegurar su continuidad: se mutila, se castra, suicida el onanista. Edipo y Onán son un solo monstruo.

Cuando en la vida del campo observé esta costumbre —la de que el primer hijo en la bestia caballar no es del padre, que aparte del hato a las hijas primerizas para que sea otro potro quien primero las monte—, no le encontré explicación, y sólo observé el hecho, así, escueto, en su salvaje manifestación. Cuando lo referí a mis maestros rieron y lo creyeron invenciones, meras fantasías de un hombre de monte, cerrero. Ahora mismo no faltará quien crea que divago y ensarto disparates. Yo mismo ante la incredulidad de quienes creyeron sabios llegué a pensar que eran desatinos míos, meros y veros trastornos de una mente cimarrona y montaraz.

Pero no; la imagen, la visión persistió. Volvía a ver una potrancia parada a medio

campo, como preguntándose cuál su culpa, por qué así, su padre, de modo tan inesperado y asaz cruel la apartara del *hatafelo*, que es como por mi tierra se dice hato y hatajuelo.

Hasta que un día, y de esto pronto hará sesenta años, en la primera lectura de *Doña Bárbara*, la novela de Rómulo Gallejos, topé con este pasaje, con este paisaje: "Varios días había estado Carmelito poniéndole un veladero a la *Catira* del hatajo del *Cabos Negros*. No había en Altamira padrote más rijoso que este bayo salvaje y por eso era célebre y tenía nombre propio: no podía haber yegua bonita en hatajo ajeno sin que tratara de robársela, ni para impedirse lo les era fácil a los demás sementales resistir la carga impetuosa de sus coces y dentelladas. Por otra parte, los hombres no habían encontrado todavía manera de capturarlo. Varias carreras le habían dado, mas por bien disimulados que estuvieran entre el monte los corrales falsos, siempre los descubría y escapaba a tiempo.

"La *Catira*, blanca y esbelta como una garza, era la potrancia más hermosa de su yeguada; pero llegó el tiempo en que, vedada a la hija para el amor del caballo salvaje, debía de ser expulsada del hatajo. El *Cabos Negros* le amusgó las orejas, le mostró los dientes, haciéndole entender que de allí en adelante no podían continuar juntos, y ella se quedó plantada en medio de la sabana, viendo alejarse la familia de la cual ya no formaba parte, juntos los delgados remos, temblorosos los rosados bellos, tristes los claros ojos." Las potrancas una vez cargadas, sufren nuevo repudio del potro que las cargó y yerran solitarias, hasta que vuelven a su hato, y así desde el principio del mundo.

Cosas son que vi y no que me contaron. Que supe. Y mientras no les hallé explicación me trabajaron incesantemente. Porque, señores: cosas que ignoran los sabios las saben ignaros. ♦

